

UNA PEDAGOGIA MESOLOGICA A LA LUZ DEL EVANGELIO

En el panorama actual de la Pedagogía hay dos direcciones principales llamadas, una, racional, y experimental, la otra.

La Pedagogía experimental tiene su interés centrado en los medios de educación. Los fines quedan encomendados a la Pedagogía racional, que Claparède, por ejemplo, llama *dogmática* (1).

El sujeto, si bien corresponde a una ciencia autónoma, la Psicología, no sólo merece gran atención dentro de la corriente experimentalista, sino que en bastantes ocasiones se hace Psicología experimental en nombre de la Pedagogía del mismo nombre.

Pero su propio campo de acción es, desde luego, el de los medios. Está proclamado así, tanto en el orden de las ideas como en el de los hechos.

Y con los fines está muy clara la separación: «La Pedagogía científica trabaja para un fin determinado; pero *este fin le es dado*, es decir, que ella lo tenía tal y como e., sin discutirlo, sin apreciar su valor» (2).

No es mi propósito discutir la validez de esta postura. En realidad, es, en el terreno de los medios, en el que hemos de movernos todos los educadores; pero es que, a la concepción pedagógica apuntada, ha seguido una valoración excesiva de los medios y se ha llegado, no ya a des-

(1) CLAPAREDE.—*Psicología del niño y Pedagogía experimental*. Traducción española, pág. 124.

(2) CLAPAREDE.—*Psicología del niño y Pedagogía experimental*. Traducción española, pág. 124.

lindar los campos de estudio de medios y fines, sino que en la práctica se ha querido preparar al educador únicamente para el manejo de los medios.

Se ha pretendido que domine el método para enseñar mejor las matemáticas o el lenguaje, el modo de multiplicar el campo de las relaciones intelectuales o de las habilidades manuales; pero prescindiendo radical y absolutamente de los fines.

Así, muchos, al dirigir a sus educandos, aparentemente prescinden de toda idea de fin. Pero realmente lo que hacen es servir a fines indebidos. Porque los medios tienen sus propiedades particulares; pero la esencial es *ser medios*, valer para conseguir un fin. Y, vóngaseles o no se les ponga, a un fin tienden. Si no se les pone ninguno, van a la deriva, fin cambiante y de máximo peligro.

Si en el campo de la ciencia se puede decir que es propio de una ciencia particular la determinación y estudio de los medios de educación y que queda fuera de esta parcela el estudio de los fines, al llegar a la realización de la obra educadora no se puede hacer lo mismo. El maestro no puede quedarse solo con los medios. Tiene que conocer a su educando y saber a qué fin está llamado; y, de acuerdo con estos dos extremos, poner en práctica o iniciar e impulsar la puesta en práctica de los *mejores* medios. «En el itinerario de nuestra vida, *la técnica* nos basta para saber *por dónde* hemos de ir; pero es supuesto que sepamos a *dónde*» (3).

Muchos maestros andan errados por estos caminos. Pero en el centro de la historia de la Pedagogía—centro substancial, no temporal—se alza la figura de Aquel que se proclamó el único Maestro. En El están todos los tesoros de la sabiduría, y es El el que se ofrece como solución en el terreno de los medios: «Soy el camino», leemos en San Juan.

(3) ZARACÜETA.—Prólogo de la traducción española de *Filosofía pedagógica*, por Fr. de Hovre. Razón y Fe. Madrid, 1932.

MEDIOS SOBRENATURALES

El medio que señala el Maestro como absolutamente necesario es El mismo: «Sin Mí nada podéis hacer» (4). Su palabra expresa basta; pero la razón explica fácilmente que Jesucristo sea el *Medio* por excelencia.

Los dos elementos integrantes de la educación evangélica son el hombre y la gracia.

La actuación del alumno de Cristo y la dirección que éste señala, tratan de conseguir que la gracia informe a la naturaleza: ni son la sola naturaleza ni la sola gracia. Son *medios*. En la serie de los *medios*, Jesucristo, que junta en Sí la naturaleza acabada del hombre y la gracia cumplida de la Divinidad en una sola persona; que ha venido precisamente a dar al hombre una participación de la vida divina y por cuyos méritos se dará siempre esta participación a todo hombre que la quiera obtener, es, no sólo el medio por excelencia, sino el único medio verdaderamente tal.

La incredulidad podrá negar la vida sobrenatural del hombre y la divinidad de Jesucristo; pero no podrá negar la verdad metafísica de la excelencia de un medio que junta en sí los dos modos de ser de las cosas que quiere unir.

«Sin Mí nada podéis hacer...» «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...» (5) «Nadie viene al Padre sino por Mí...» (6) «El que conmigo no recoge, desparrama» (7).

Todas estas expresiones recogen la reiteración, variando la forma de la primera y rotunda afirmación ya repetida: «Sin Mí nada podéis hacer.» Jesucristo la razona ampliamente en la alegoría de la vid que nos reco-

(4) JUAN, XV, 5.

(5) JUAN, XV, 6.

(6) JUAN, XV, 6.

(7) MATEO, XII, 30.

ge San Juan (8): «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, le cortará, y a todo aquel que diere fruto le podará para que dé más fruto...» «Permaneced en Mí, que yo permaneceré en vosotros. *Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo.* Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien está unido conmigo y Yo con él, ése da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. El que no permanece en Mí será echado fuera, como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego y arderá. Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis y se os otorgará. Mi Padre queda glorificado en que vosotros llevéis fruto y seáis discípulos míos»

Peró para unirse y permanecer unido a Jesús, el Maestro pone determinadas circunstancias, y el alumno ha de realizar determinados actos: Son otros tantos medios. Con todos ellos se pueden hacer dos grandes grupos: En uno están los comunes a una Pedagogía natural, difiriendo de ellos en la orientación. En otro, los específicos de una Pedagogía sobrenatural—de esta Pedagogía del Divino Maestro—, y que no pueden hallarse en ninguna otra. Desde luego, en ninguna naturalista.

Común a ambos es el ejercicio, expresión de toda vida y medio general de educación de todo estilo y orden, por cuanto la educación es un hacer.

Medios comunes con una Pedagogía natural, son: la instrucción, el ejemplo y un sistema de premios y castigos, por parte del maestro. Por la del alumno, el aprender las enseñanzas y la práctica de virtudes naturales.

Específicos de la educación que da Jesucristo son la oración y la práctica de virtudes sobrenaturales en el alumno. En el Maestro, dar la gracia.

(8) JUAN, XV, 1 y sig.

En el Maestro, el dar la gracia. Jesús Maestro siempre está dispuesto a dar su gracia. El hombre es el que suele no querer. «Y con todo, no quieren venir a Mí para que Yo les dé la vida» (9).

Por parte del alumno, un medio específico de la educación sobrenatural es la *oración*.

En la oración, desde el punto de vista pedagógico, hay que distinguir dos cosas: las condiciones de una buena oración y la sustantividad de la misma. El Catecismo señala como condiciones de la buena oración cuatro: «piedad, confianza, humildad y perseverancia», cuatro condiciones que determinan un admirable ejercicio de la voluntad y, como tal, educativo. En este sentido no difiere de cualquier acto que se considere eficaz en orden a la perfección, y permanece dentro de un orden natural.

Pero la oración es, también con el Catecismo, «levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes». Y la tarea educativa, según la entiende el Divino Maestro, supone el acudir a una fuente, siempre inexhausta para pedir y obtener fuerzas y ayudas necesarias. Es verdad que obtenerlas es concesión gratuita de Dios; pero Dios mismo manda que se lo pidan deseando conceder: «Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (10). A continuación refuerza la idea con el relato del padre que no da una piedra ni una culebra si su hijo le pide pan.

De la eficacia de la oración porfiada habla la parábola del juez injusto (11). De la necesidad de la oración nos hablan las siguientes expresiones: «Velad y orad para no caer en la tentación» (12). «Velad y orad, ya que no sabéis cuándo será el tiempo» (13). «Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos ma-

(9) JUAN, V, 40.

(10) MATEO, VII, 7 y sig.

(11) JUAN, XVI, 23 y 24.

(12) MATEO, XXVI, 44.

(13) MARCOS, XIII, 33.

les venideros y comparecer ante el Hijo del Hombre» (14).

Es de una eficacia especial la oración en común: «Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos» (15).

Y entre sus últimas palabras están éstas: «Cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora, nada le habéis pedido en mi nombre: *pedidle y recibiréis*, para que vuestro gozo sea completo» (16).

Mas no está sólo la eficacia de la oración en un obtener lo que se pide. Puede el hombre pedir y no obtener aquello que fué objeto de su petición; pero *obtiene*, en el hecho de ponerse ante Dios, de unirse con El, el don sobrenatural del «agua» que puede saciar toda sed del espíritu, un aumento de energía que viene de Dios, el don tan insistentemente buscado de ir haciendo más luz sobre sí, de conocerse a sí mismo.

Toda Pedagogía, se haga o no cargo de los valores sobrenaturales, no deja de pedir al Maestro y al ambiente ayudas para las fuerzas débiles e insuficientes del educando.

El Divino Maestro ofrece siempre una ayuda, ayuda que puede ser rechazada.

El también pide ayudas al ambiente. Ahí está la importancia del segundo Mandamiento, «semejante al primero», reforzada con su doctrina del escándalo.

Pero la principal ayuda es la de Dios Padre, y hay que pedirla. Y esto es de importancia destacarlo. Porque se lleva a la práctica, y en un primer plano, como es justo, por todo educador católico; pero no se le suele conceder en la teoría el lugar correspondiente.

(14) LUCAS, XXI, 36.

(15) MATEO, XVIII, 19 y 20.

(16) JUAN, XVI, 23 y 24.

De la oración dirá San Pablo el «orad sin intermisión» (17), e insistirá: «orad en todo lugar» (18) «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, alzando las manos limpias exentas de todo encono y disensión. Asimismo oren también las mujeres...»

Es también San Pablo quien más nos explica la doctrina de las virtudes coronadas por la caridad: «Ahora permanecen estas tres virtudes—dice a los de Corinto—, la fe, la esperanza y la caridad; pero, de las tres, la caridad es la más excelente de todas.»

MEDIOS COMUNES CON UNA EDUCACIÓN NATURAL

En el conservar y aumentar la caridad está toda la perfección; pero hemos de hacernos cargo de los otros medios, de los comunes con la educación natural.

a) *La instrucción.*

Destaca entre todos ellos la *instrucción*. Enseñanza por parte del maestro y aprehensión por parte del discípulo, ocupa en toda realidad escolar una parte importantísima. Su amplitud es difícil precisarla así, a primera vista. Porque si le damos ese nombre a todo aquello que el maestro muestra al alumno y éste capta, nos tendríamos que hacer primero una pregunta. Esta demostración que el maestro haga, ¿abarca al mundo interior y exterior del alumno? Si es así, la instrucción tiene reconocida su máxima amplitud. Entran en ella la palabra, el gesto y la conducta como elemento director; la explicitación de las ideas poseídas por el educando y la incorporación de las que le faltan, como objeto de esa dirección, para integrarlas todas en una construcción interior.

(17) I *Tesalonicenses*, V, 17.

(18) I *Timoteo*, II, 8 y 9.

Al hablar de instrucción no se suele hacer referencia a ese campo tan dilatado. Se limita a la transmisión de un determinado número de materias que se creen necesarias en el grado de cultura intelectual en que se halla el alumno.

Al estudiar ahora la instrucción que da Jesucristo, si me refiero expresamente a la doctrina que expone, no pienso en achicar su tarea instructiva, constructiva por excelencia.

¿Qué enseñó?

En el Evangelio hay expresiones como éstas: «... iba por las ciudades y aldeas predicando la buena nueva del reino de Dios...» (19).

«Llegado al templo, se acercaron a El cuando estaba enseñando...» (20); pero no nos dicen qué enseñaba en esas ocasiones. Aunque a continuación se recojan otras explicaciones.

No obstante, se comprueba fácilmente que hay un gran tema: «El gran tema religioso-moral del Reino de Dios en general y el tema especialmente concerniente a la persona de Jesús. El primero constituye el asunto habitual y permanente de la doctrina de Jesús. El segundo aparece tratado de modo mucho más somero, y aun en ocasiones positivamente reservado» (21).

Dentro de este gran tema podemos hacer tres grandes grupos: Uno afecta a la naturaleza del Reino de Dios; otro, a la naturaleza y situación del hombre—específica o individualmente—en relación con ese Reino de Dios a que es llamado; en el tercero incluimos *las enseñanzas de los medios* para alcanzar el Reino.

Una separación radical no es posible. Y es que si Jesús habla y explica qué sea el Reino de Dios, es para encen-

(19) MATEO, IX, 35.

(20) MATEO, XXI, 23.

(21) ZARACÜETA.—*El cristianismo, como doctrina de vida y como vida*. Madrid, 1939, págs. 123 y 124.

der en sus oyentes el deseo de poseerlo y de hacer inmediatamente algo por su consecución. Si pone de manifiesto las cualidades que adornan o afean a los que le escuchan, es para patentizar la conveniencia o inconveniencia con este «Reino» y la buena o mala disposición que supone para poder realizar los actos orientados al fin. Y *si se ocupa de los medios es teniendo a la vista, de una parte, las condiciones y posibilidades del que los ha de abrazar, y de otra, el fin, perenne fuerza atractiva.*

No obstante, se ve cómo en unos casos consagra más atención, por lo menos la mayor parte de su enseñanza, ya a un aspecto, ya a otro.

Por lo que se refiere a los medios, principal objeto de nuestra atención hoy, es de capital importancia el sermón de la montaña, que regula toda conducta con el prójimo, que es hermano; que regula la oración, la limosna y el ayuno (22).

Fuera de este lugar—el sermón del monte—, son de destacar la necesidad de un renacer explicada a Nicodemo (23), la necesidad de la fe (24), la omnipotencia de ésta y de la oración (25), la necesidad de la penitencia (26), de la oración y el ayuno (27), la perfección y sus grados (28), la necesidad del amor (29), etc., etc.

He querido hacer notar cómo se ocupa el Divino Maestro de enseñar a sus discípulos el camino a seguir. Pero esto, es enseñándoles al mismo tiempo lo necesario del punto de partida, que son ellos mismos con sus posibilidades, y el punto de llegada, que es su fin último.

Atiende así a la consigna clásica del «nosce te ipsum». Así, no desatiende la que parece ser única urgencia de

(22) MATEO, V, VI y VII.

(23) JUAN, III, Sal. 21.

(24) MATEO, VIII, 10-12.

(25) MATEO, XXI, 18 al 22; LUCAS, XVII, 5 y 6; MATEO, XVII, 19.

(26) LUCAS, XIII, 1 al 5.

(27) MATEO, XVII, 20.

(28) MATEO, XIX, 16 al 21.

(29) JUAN, XV, 9, 12 y 17.

muchos pedagogos actuales. Hace compatibles las dos direcciones con la doctrina de los fines. Mejor dicho, a la luz del fin da plenitud de sentido al conocimiento del sujeto de la educación y al empleo de los medios.

Pero continuemos en el estudio de los medios que usa Jesús Maestro. Continuemos estudiando la instrucción. Sin ahondar mucho, se observa que unas veces Jesucristo aparece explicando sin que ninguno de los presentes le suscite el tema. En otros el tema es suscitado por una pregunta, por una observación, por la intervención de otra persona.

¿Podría hablarse de lecciones ocasionales? No es fácil una contestación rápida. ¿A qué se opone lo ocasional? ¿Al haber sido prevista una lección y situada en un plan trazado con anterioridad? No tenemos texto alguno que nos diga que Jesús se propone explicar tales o cuales puntos. Pero sabemos que es la Sabiduría de Dios, que penetra los corazones y para quien no hay tiempos ni lugares, sino que todo está presente a sus ojos. Para El todo es previsto. En este sentido, pues, no se puede hablar de nada ocasional.

¿Quiere decir ocasional sacar partido de una situación inesperada que, por tal, despierta un interés mayor y facilita el aprendizaje?

Lo de inesperada, a la vista lo que acabamos de decir, para el Maestro no puede ser. Para todos los acontecimientos humanos tienen validez en Cristo las palabras del *Apocalipsis*: «He aquí que estoy a la puerta y llamo» (30).

Ya sabía El que aquellas coincidencias se habían de dar, y «he aquí» que espera que lleguen. Jesús Maestro espera el sucederse de las intenciones y de las palabras de los hombres, la para nosotros complicada urdimbre de sus hechos, y todos los aprovecha para llamar y traer ha-

(30) *Apocalipsis*, III, 20.

cía Sí, «sin el que nada se puede hacer», «a todo hombre que viene a este mundo».

Puede, sí, ser inesperada una situación para el alumno. Puede el alumno ofrecer al maestro una ocasión propicia para hablar, con una inquietud cuajada en una pregunta. Puede ser la causa un acontecimiento de la vida interior del que pregunta, puede serlo un suceso exterior notable.

A nuestros oídos no suena mucho la conjunción lección ocasional-vida interior. Cuando se habla de este aspecto de la Didáctica se piensa en fenómenos de la Naturaleza o en fenómenos sociales, no en problemas del espíritu. Pero si se justifica en principio la razón de lecciones ocasionales, ¿no es injusta la exclusión teórica o práctica de ese sector en este sentido?

En el magisterio de Cristo se puede—teniendo en cuenta lo dicho—decir que son lecciones ocasionales las explicaciones que obedecen a la intervención de otra persona.

No hay una distinción por grupos de alumnos—los doce, las turbas, los fariseos, casos individuales como el del joven o la samaritana, etc.—entre las explicaciones suscitadas por sus oyentes y las dadas por El sin necesidad de esa intervención.

Alguna vez parece dar más bien en aquéllas una solución más concreta: «Tú, ven y sígueme», «cuando les falte el esposo entonces ayunarán...»; pero también es ocasional, por ejemplo, la lección de la virginidad dada para todo «el que pudiera seguirla desde aquel momento hasta el fin de los tiempos»; y se amengua infinitamente la observación del invitado en casa del fariseo. «¡Oh bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del Reino de Dios!» (31) ante la universalidad de la respuesta: «Un hombre dispuso una gran cena, y convidó a mucha gente...»

(31) LUCAS, XIV, 15 y sig.

Suscitado el tema por una pregunta o expuesto por Jesús sin que aparezca otra persona o circunstancia que marque el punto aparente de partida, sus enseñanzas van encaminadas a que el que las escuche las aprenda. Y no sólo a eso, sino a que, una vez aprehendidas, sean en él luz que ilumine el camino de su voluntad.

Pero lo primero de todo es querer aprender, que aplique la voluntad a las facultades correspondientes. Y la voluntad, para decidirse a dar estas órdenes necesita estar atraída por el objeto que reclama a las facultades imperadas: ha de tener por él *un interés*, no puede vivir con respecto a él, en una zona de indiferencias. *Podrá* interesarle mediata o inmediatamente; pero *deberá* interesarle. Podrá interesarle por lo que el objeto es en sí o por lo que valga para obtener otro, subjetivamente más valioso.

Puede hablarse de un interés intrínseco, inmediato, y de un interés mediato, extrínseco. Puede hablarse de un interés material y otro formal. Se puede aceptar la regla formulada por Paulsen de que, por lo que respecta al interés material del objeto interesante, aquél está en razón inversa del cuadrado de las distancias. Cosa que si no se precisa en lo del cuadrado, también es de sencilla experiencia. Nos interesa sumamente lo *nuestro*; en segundo lugar, lo próximo.

Jesús se vale en sus enseñanzas de lo inmediato, de lo próximo. Sus símiles los toma de las cosas que están a la vista, de los últimos acontecimientos.

El ha venido a salvar las ovejas perdidas de la casa de Israel primeramente. Estas ovejas pueden también resultar interesadas por interesantes.

A sus discípulos les encomienda predicar primero en Palestina, después en la gentilidad.

Hay una fuente perenne de interés; todos los hombres son próximos—prójimos—, y con la misma medida con que se midiere al prójimo será uno medido.

Un interés inmediato—perenne también—hay en la persona y en la palabra del Maestro; las gentes corrían tras El...

Después de éste, está el cuidado con que cultiva los intereses mediatos mediante el deber y el amor que aquí son motivos religiosos; y mediante motivos utilitarios—premios y castigos—, que son religiosos también.

Trata de despertar no un interés puramente especulativo, sino especulativo para cultivar en práctico.

Por la consideración del amor a El, lleva a los suyos a un interés por la guarda de la Ley: «El que me ama, guarda mis mandamientos» (32). Suscita el interés inmediato y el mediato. Aprovecha el interés espontáneo. Aquí entrarían las lecciones que, con ciertas reservas, hemos admitido entre las ocasionales.

También se habla mucho en nuestros días del interés espontáneo en las tareas escolares. Se ha consagrado asimismo, el término *centros de interés*.

La doctrina, la vida, los milagros, tal vez las tres cosas juntas, *han interesado* a un hombre—conocido entre nosotros por el joven del Evangelio—que se acerca a Jesús y le dice: «Maestro bueno...» Aprovechando este interés, Jesús, por grados le instruye... La figura del joven que se retira «entristecido» ha despertado seguramente el *interés* en sus discípulos. Es caso poco frecuente. Va la gente a pedir milagros corporales, van los fariseos y los escribas tendiendo asechanzas; pero, ¿quién ha ido hasta ahora preguntando: «¿Qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna?»

Sólo una vez cierto escriba le dijo: «Maestro, yo te seguiré dondequiera que fueres» (33). Pero era un escriba. Además, el Evangelio dice que Jesús estaba cercado de mucha gente, y no se darían tanta cuenta. De to-

(32) JUAN, XIV, 21.

(33) MATEO, VIII, 18 al 20.

das maneras, la actitud es más noble, la palabra, más amorosa: «Maestro bueno...»

Y este joven, el de más altas miras y apostura más atrayente, tras un breve diálogo «se retiró entristecido». Y era que tenía muchas posesiones. Tuvo que acrecer *el interés*. El Maestro lo aprovecha para enseñar a sus discípulos la dura y sana doctrina del «peligro de las riquezas». Esta doctrina hiere la inteligencia de sus discípulos; crece el interés en profundidad, ya está dentro de ellos mismos; tienen un problema, lo más interesante, lo menos indiferente que puede haber: «¿Quién podrá salvarse?» Jesús aprovecha este interés sumo, y, precisamente, ante una gran dificultad, señala la solución única y alentadora. Y para eso une a su palabra su mirada: «Jesús, mirándolos, les dijo: Para los hombres es esto imposible; mas para Dios, todas las cosas son posibles» (34).

Pedagogo eminente, orientó el interés hacia lo más personal, hacia lo más íntimo y cara a lo único trascendente. Luego, un infinito de posibilidades en el apoyo más firme para la seguridad de vencer .

Otro día, «salido Jesús del templo, iba ya andando, cuando se llegaron a El sus discípulos, a fin de hacerle reparar en la fábrica del templo»: (35) «Maestro, mira qué piedras y qué fábrica...» (36). Aprovecha Jesucristo el interés con que sus discípulos admiran la fábrica del templo de Jerusalén. Lo acrecienta, y diciéndoles: «¿Veis toda esa fábrica? Pues Yo os digo de cierto que no quedará de ella piedra sobre piedra» (37). Y no dice más. Una introducción hiriente con una interrogación admirativa. Y una sentencia breve echando por tierra el fundamento de esa gran admiración.

El interés ha crecido tanto, que después, «estando sen-

(34) MATEO, XIX, 16 al 26.

(35) MATEO, XXIV, 1.

(36) MATEO, XXIV, 3.

(37) MATEO, XXIV, 2.

tado en el monte de los Olivos, se llegaron los discípulos y le preguntaron en secreto: «Dinos, ¿cuándo sucederá eso? ¿Y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?» (38). Jesús les va diciendo, va contestando a las preguntas formuladas por ellos, va siguiendo *su* interés. Les anuncia terribles maravillas. Y cuando todos ellos están sumidos en este cuadro aterrador, cuando cada uno es un punto anegado en él, cuando el interés parece que es lo más, envolviendo al hombre como menos, es cuando el Maestro les dice *en tres imperativos* lo que no han pedido y siempre es necesario: «Estad, pues, alerta; velad y orad, ya que no sabéis cuándo será el tiempo» (39). «A qué hora ha de venir vuestro Señor» (40). «Si a la tarde, o la medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos» (41). Es más explícito San Lucas (42): «Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y embriaguez, y los cuidados de esta vida y os sobrecoja de repente aquel día, que será como un lazo que sorprenderá... Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros, y comparecer ante el Hijo del hombre.» «En fin, lo que a vosotros os digo, a todos se lo digo: velad» (43).

San Mateo recoge la comparación de un padre de familia que supiera a qué hora le había de asaltar el ladrón y que, seguramente, estaría en vela para no dejar minar su casa (44), y la parábola «del siervo constituido por su señor para repartir a cada uno el alimento a su tiempo», que con las dos soluciones de «fiel y prudente» o «malo» presenta un premio de felicidad: «Bienaventurado aquel siervo...», o un terrible castigo: «le hará pedazos»,

(38) MATEO, XXIV, 3.

(39) MATEO, XIII, 33.

(40) MATEO, XXIV, 42.

(41) LUCAS, XXI, 34 al 36

(42) MARCOS, XIII, 35.

(43) MARCOS, XIII, 37.

(44) MATEO, XXIV, 43.

y le hará correr la suerte que a los hipócritas; allí será el llanto y el crujir de dientes» (45).

Y he aquí recorrida por el Divino Maestro toda la escala del interés en una enseñanza: Primero. aprovecha el interés espontáneo, y lo cultiva—intereses inmediatos—; luego, sin dejar de estimular el interés inmediato, lo eleva al mediato de los fines—los peligros que correrán y la felicidad conquistable—y al más interesante por personal, por meritorio y por pedagógico, *de los medios, salvaguardando su cumplimiento* por los premios y castigos.

El interés mueve a querer aprender. Moviliza a la voluntad. Pero el aprender—que es necesario absolutamente, porque aun cuando lo que importe sea hacer, si no se sabe qué, no hay posibilidad de acometerlo—; el aprender, digo, no es función de la voluntad, sino del entendimiento, que también tiene sus estímulos. Jesús estimula al entendimiento por *la intuición*.

¿Qué valor tiene aquí la intuición?

Ateniéndonos al sentido restringido de intuición, que significa ver, está resumida su importancia en la actitud de los Apóstoles—recogida en los *Hechos* y en las cartas (46)—, que no pueden dejar de confesar *lo que han visto*, aunque les cueste la vida. Claro que este *ver* tiene *que ver* con algo más que con el punto de partida de una explicación. Hace relación a toda la vida y a la muerte del Maestro, y nos pone en las manos otro medio de enseñanza, al que no me refiero ahora: el ejemplo. Pero, desde luego, es *intuición*.

Ciféndonos al tipo de enseñanza que venimos estudiando, notemos su carácter intuitivo cuando habla del valor relativo de la limosna, mientras *ven* a la viuda depositando su óbolo (47); de la omnipotencia de la oración, cuando *han visto* a la higuera seca por la maldición del Maes-

(45) MATEO, XXIV, 45 al 51.

(46) *Hechos*, IV, 20.

(47) LUCAS, XXI, 1 al 4; MATEO, XII, 41 al 44.

tro (48); el impedimento de las riquezas para la salvación cuando *ven* a aquel joven—ya citado—buscando al Maestro con tan buenas condiciones y que se retira entristecido. Y culmina en la sensibilización de ideales parciales: prudentes como serpientes, sencillos como palomas; en la personificación de la humanidad en un niño. «este niño» (49), y en la personificación del ideal total en Si mismo: «Aprended de Mí» (50).

Los milagros, como el acabado de citar de la higuera, por ejemplo, están en la línea que reconoce la importancia de la intuición.

Precedieron a enseñanzas los milagros de la curación del paralítico (51) y del ciego de nacimiento.

Otras veces—el caso de la mujer cananea—hace preceder la instrucción a la realización del milagro.

Los milagros no son imitables, es verdad. Pero el principio rector, hacer bien a los cuerpos. camino de las almas, ya no es imposible. Además, los milagros, de una parte, no son un medio ni necesario ni exclusivo; de otra, siguiendo en el mismo Evangelio la palabra de Jesucristo—si tuviéramos fe «tan grande como un grano de mostaza»—, en el caso necesario, y aun en el conveniente, podríamos también contar con su ayuda en nuestra labor educadora.

Jesús practica la intuición como la entienden los pedagogos, que la limitan a la función visual.

Si vale para la intuición el poner en tensión y en ejercicio todos o cualquiera de los sentidos, mengua la novedad y la particularidad de la intuición; toda enseñanza, si se exceptúa la de sordomudos, llama al entendimiento por el oído, aunque se ayude de otros medios.

Y, por lo que se refiere a la registrada en el Evangelio, es manifiesta su condición de ser eminentemente oral.

(48) MATEO, XXI, 18 al 20.

(49) MATEO, XVIII, 4.

(50) MATEO, XI, 29.

(51) MATEO, IX, 1 al 7.

Cabe oponer una enseñanza intuitiva a otra discursiva. Las enseñanzas de Jesús son más intuitivas que discursivas. «No razona a la manera de Platón, no comenta como un escriba. Conoce de modo pleno y absoluto, contempla con visión directa» (52). Jamás ofrecerá por eso una verdad problemática, dudosa. Se ofrece a Sí mismo, que es la verdad; todas sus palabras son verdad.

El discípulo no posee, salvo excepciones, la intuición penetradora; para salvar lo que le falta tiene la adhesión al Maestro, la fe. Otro día, cuando ya no haya día ni tiempo para él, primero; y cuando ya no haya tiempo para nadie, el gozar del poder de la intuición será el premio otorgado al que se valió de los medios en esfuerzo perseverante: Intuirá a Dios.

Claro que los pedagogos, al hablar de enseñanza intuitiva, no llegan hasta aquí.

Por lo que se refiere al Divino Maestro, aunque su saber sea intuitivo, su forma de exposición ofrece a veces un predominio del discurso

Parece predominar en las enseñanzas dirigidas a escribas, fariseos, saduceos, etc. No obstante, del milagro del parálitico dice Jesús haberlo hecho para que *vean* que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados.

Más cerca de la intuición, en su sentido corriente, están las parábolas, porque, tomadas de los usos y costumbres del país, la presuponen, y porque son una tendencia a sensibilizar las ideas más abstractas, y también hay algunas dirigidas a escribas y fariseos, como la «del hombre que dispuso una gran cena» (53), las de la oveja y dracma perdidas, la del hijo pródigo (54), la del fariseo y el publicano (55), la de los renteros rebeldes (56).

(52) KILPATRICK, en HASTINGS.—*Dictionary of Christ*. Tomo I, página 287. Citado por Fillión: *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*

(53) LUCAS, XIV, 15 al 24.

(54) LUCAS, XV, 9 al 32.

(55) LUCAS, XVIII, 9 al 14.

(56) LUCAS, XX, 9 al 19.

Parece predominar un sentido intuitivo de la enseñanza, refiriéndose al pueblo y a sus discípulos.

Hay un predominio de lo discursivo en la conversación con Nicodemo, en la sostenida con el joven. Destaca lo intuitivo en la de la samaritana, que empieza por el «dame de beber», y a la que hiere la punta aguda de haberle «dicho cuanto ella ha hecho».

Con la fuerza de estas palabras nos pasamos de la intuición visual, en la que nos hemos mantenido hasta ahora, a la auditiva, que invade totalmente la pedagogía de Jesucristo.

El Maestro le ha dicho...

Si Jesús se vale de los elementos que la Naturaleza le ofrece, éstos no son más que auxiliares de su palabra. La enseñanza del Divino Maestro es oral. Estaza realzada por aquella su «autoridad soberana». La veremos confirmada por su ejemplo, que no presenta un punto vulnerable: «¿Quién me argüirá de pecado?» Pero la palabra está en medio. Y San Juan comienza su Evangelio diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» Verbo es palabra. El Verbo, la palabra de Dios. No en un sentido singular, sino único. La palabra de Dios, Jesús, por medio de palabras enseñó.

Tiene la palabra el peligro de olvidarse que es significación de cosas—aquí cosa está en su sentido más amplio; vale para lo concreto y vale para lo abstracto—y quedarse con el sonido, que es envoltura, sin calar la significación, que es lo sustantivo. Pero el Maestro quiere que entiendan. Cosas hay que no entienden porque aún no pueden entenderlas, pero las entenderán más tarde.

Es verdad que hay expresiones desconcertantes a primera vista. «Les hablo en parábolas para que viendo no vean y oyendo no entiendan...» Pero es que las parábolas tienen también un sentido disciplinario, y en ése son

castigo a la dureza de corazón de los que no quieren entender ni ir a El para que les dé la vida.

«Poderoso en obras y *en palabras* a los ojos de Dios y de todo el pueblo» (57), lo recuerdan los discípulos que iban a Emaús.

Y en la crisis más aguda que ha sufrido el seguimiento a Cristo por parte de todos, no ya de los fariseos, que jamás le han seguido, por lo menos en general, sino de las turbas y aun de los discípulos, y que se resuelve en una huida, los doce no le abandonan, porque según Pedro: «¿Adónde irán? El tiene palabras de vida eterna» (58).

Los apóstoles seguirán fielmente esta línea de la enseñanza oral; si bien no exclusiva—tenemos sus cartas y tenemos los Evangelios—, sí principal y preferentemente: No es justo que descuidemos *la palabra de Dios* por tener cuidado de las mesas...» Y disponen nombrar a otro para este menester. «Y con esto podremos nosotros—dicen—emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra» (59).

«La predicación es el resorte más fecundo en extensión de que dispone el apóstol, y San Pablo, en su *Epístola a los Romanos* (X-11 al 15), señala muy expresivamente hasta qué punto la propagación del cristianismo tiene como instrumento normal el de la predicación evangélica» (60).

La propagación del Evangelio es la fructificación de la *palabra* de Dios: «Entre tanto, la palabra de Dios iba fructificando, y multiplicándose sobremanera el número de los discípulos...» (61). «Así se iba propagando más y más y prevaleciendo la palabra de Dios» (62).

(57) LUCAS, XXIV, 19.

(58) JUAN, VI, 69.

(59) *Hechos*, VI, 2 al 4.

(60) ZARAGÜETA.—*El cristianismo como doctrina de vida y como vida*, página 190.

(61) *Hechos*, VI, 7.

(62) *Hechos*, XVIII, 2.

El lenguaje del mundo condena su propia expresión con las menospreciadoras «¡Palabras, palabras, palabras!» del clásico. Modernamente, se ha desvalorizado con exceso la palabra del maestro como medio de educación. Pero Jesucristo, la eterna Palabra de Dios, por medio de palabras enseñó.

La palabra es insustituible; pero puede emplearse en dos formas fundamentales: la interrogación y la exposición. Más educativa la primera, en sí, porque obliga a la acción, no conviene siempre. La segunda tiene el peligro de hacer del alumno un mero espectador; pero es necesaria y eficaz.

Como muestras de forma expositiva o en monólogo, la principal es el sermón de la montaña. Pero domina la forma dialogada.

El sermón de la montaña, como todas las enseñanzas dirigidas a auditorios numerosos, no se presta a la conversación; pero, aparte de él, es muy fácil encontrar, ya una observación mal intencionada de los enemigos, ya una leal observación o pregunta de los suyos. Y es de importancia recoger las palabras puestas como comentario al final del sermón de la montaña: «Al fin, habiendo Jesús concluido este razonamiento, las muchedumbres que le oían no acababan de admirar su doctrina...» Señal evidente de la tensión de espíritu por la atención prestada, y prueba de la eficacia de esta forma de enseñar.

Ya sea en forma interrogativa o expositiva, en la enseñanza hay el mostrar y el demostrar. Y una enseñanza es completa cuando se muestra y se demuestra para poder vivir la certidumbre.

En la demostración es interesante la llamada reducción *ad absurdum* y la que en el Evangelio se da en la forma particular de argumento *ad hominem*. Es la empleada para confundir a los fariseos, saduceos, doctores de la Ley...

Ejemplos de reducción *ad absurdum* los hay también

en enseñanzas dirigidas a las muchedumbres y a sus discípulos.

En la demostración de verdades por Jesús, unas veces se llega a la evidencia; otras, la certeza descansa en la autoridad de la Sagrada Escritura, de Dios Padre, del Maestro. En todo caso, de Dios. Aquí están aquellas cuya razón es una profecía, las que tratan de su persona, de su divinidad.

En orden a la demostración, el estudio del Evangelio ofrece un aspecto singular; en vez de mostrar, *velar la verdad*. Cuando echó a los mercaderes, los judíos le preguntaron: «¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas?» Respondióles Jesús: «Destruid este templo, y Yo en tres días lo reedificaré» (63). Ni los enemigos de Jesús ni sus propios discípulos entendieron el sentido de la respuesta.

Ante auditorios mal dispuestos, el Divino Maestro presenta repetidamente velada la verdad, que luego descubre en la intimidad de los doce: «A vosotros os es dado conocer el misterio del Reino de Dios; pero a los demás en parábolas, a fin de que viendo no vean y oyendo no entiendan...» (64).

Al final de su vida descorrerá todos los velos: «Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no hablaré en parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre» (65).

Para que la enseñanza sea eficaz, es decir, para que en el alumno sea un aprender, es necesario el *Método*, que, al realizarse, se resuelve en métodos. Los métodos que guían al discípulo para que adquiera los conocimientos que ya posee el maestro son métodos pedagógicos.

Dentro de la verdad fundamental—ir de lo conocido a lo desconocido—, si la verdad nueva es de la misma natu-

(63) JUAN, II, 18 y 19.

(64) MARCOS, IV, 11.

(65) JUAN, XVI, 25.

raleza que otras poseídas, aquélla puede considerarse en una misma línea. Si es de naturaleza distinta, las líneas representativas serían paralelas, y a la verdad se llegaría por aproximación. Este segundo es el método generalmente seguido por Jesucristo. Y en él se vale de la comparación, la metáfora y la parábola.

La parábola merece detenerse un poco. La voz parábola viene del griego παραβολή, que etimológicamente significa yuxtaposición de dos cosas. Hemos recibido el vocablo a través del latín; pero el modo de enseñar por parábolas nos viene del Oriente.

En la parábola se yuxtaponen, no se confunden ni se funden, dos ideas. La una, expresada en las palabras narradoras; la otra, suscitada por la primera. Esta se mueve en el terreno de lo concreto. La segunda, introducida por este medio, viene de lo abstracto, es espiritual y puede pasar inadvertida.

Al oriental le gusta lo concreto, lo que hiere sus sentidos y su imaginación. Le vienen muy bien las parábolas. Antes que Jesucristo las empleara habían hecho muchos uso de ellas. Después de El, también. En el Antiguo Testamento tenemos, por ejemplo, la parábola de Salomón (66), la que Natham explicó a David (67), la del profeta Isaías (68). Hillet, Schammai y el famoso Gamaliel tenían muy reconocida su habilidad en el método.

Pero las parábolas de Jesús no tienen sólo validez para la imaginación oriental; son de todas las latitudes y de todos los tiempos. Entusiasman a jóvenes y a niños, y los muy hechos a su lectura cada vez descubren, cada vez sorprenden un matiz inédito de unción.

De las parábolas se ha dicho que tienen un cuerpo y un alma; el cuerpo, formado por las palabras y el senti-

(66) *Ede.*, IX, 14 al 16.

(67) *II Reg.*, XII, 1 al 7.

(68) *ISAÍAS*, XXVIII, 23 al 29.

do primario del relato, y el alma, por la idea superior sobre la que se quiere hacer luz.

Hablando de las de Jesús, merece ser recogido este encomio de un autor racionalista: «Para derramar claridad sobre lo elevado y divino, sobre la naturaleza, sobre el restablecimiento gradual y las leyes del reino de los cielos; para hacer accesibles a sus oyentes esclavizados por lo sensible, las cosas celestiales, los transporta bondadosamente Jesús de lo conocido a lo desconocido .., de lo vulgar a lo eterno. Con magnanimidad regia toma a su servicio al mundo entero, aun lo que tiene de imperfecto, para vencer al mundo, y lo vence con sus propias armas. No desprecia medio alguno de cuantos puede ofrecer el lenguaje para hacer penetrar la gracia de Dios en los corazones de quienes le escuchan» (69).

La parábola puede presentar dos modalidades: proponer una acción más inteligible para hacernos entender otra menos inteligible, o dar un rodeo para hacer entender en cabeza ajena lo que es muy duro para decir directamente: Ejemplo de las primeras es la del hijo pródigo; de la segunda, la de los viñadores rebeldes.

Hay parábolas encaminadas principalmente a mostrar la naturaleza del reino de los cielos. Otras atienden más a los medios. A los medios atienden las que se refieren al uso de las riquezas—la del mayordomo infiel, la del rico Epulón y el pobre Lázaro—y la del juez inicuo y la viuda. Dentro también de las llamadas «del reino de los cielos» atienden más a los medios las del tesoro escondido y la perla preciosa.

Hay un punto oscuro en las parábolas: su *oscuridad*. «¿Por qué causa les hablas por parábolas?»—le preguntan sus discípulos—. Y El les responde: «Porque a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no se les ha dado. Siendo cierto que al que

(69) GÜLICHER.—*Die Gleichnisreder Jesu*. Dos volúmenes. Tomo I, página 118, citado por Filliön. Tomo III, pág. 137.

tiene, dársele ha y estará sobrado; mas al que no tiene le quitarán aún lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas; porque ellos viendo no miran, y oyendo, no escuchan ni entienden» (70).

Ateniéndonos a este texto, parece que el empleo de la parábola tiene por objeto dificultar la verdad.

San Marcos dice: «Con muchas parábolas semejantes a ésta les predicaba la palabra, conforme a la capacidad de los oyentes.» Pero añade: «Y no les hablaba sin parábolas; bien es verdad que aparte se lo explicaba todo a sus discípulos.»

Hay una doble razón para explicar la oscuridad citada. De una parte, «si la materia es muy alta, la parábola, que sólo indirectamente toca al asunto, no es a propósito para esclarecerlo plenamente» (71).

De otra parte está la mala disposición de los oyentes, que hace que «viendo no miren».

Eficaces las parábolas para despertar el interés y mover la inteligencia, si no son comprendidas, el Maestro, en cuanto sus discípulos le piden la explicación, se la da. El no quiere hacer difíciles sus enseñanzas.

Para los pertinaces en la incredulidad y la animadversión al Maestro, las parábolas presentan un aspecto disciplinario que no tuvieron nunca para quienes las escuchaban con recta intención.

b) *El ejemplo.*

Hemos recorrido los principales medios de enseñanza usados por el único Maestro. Las enseñanzas de Jesús ocupan las tres cuartas partes del Evangelio. Sus oyentes debían penetrarse de ellas; pero no para *decir*: Señor, Señor, sino para *hacer* la voluntad del Padre celestial.

(70) MATEO, XIII, 10 al 13.

(71) P. LANGRAGE.—*Revue Biblique*, 1909, pág. 367. Citado por Filión. Tomo III, pág. 147.

En orden al *hacer*, hay un medio que, envolviendo el sentido de enseñanza, es más poderoso. Me refiero al *ejemplo*. Las enseñanzas orales sin el ejemplo pierden mucho de valor.

Pero si la pérdida de valor de las enseñanzas de un maestro fueran sólo función de un ejemplo consecuente con ellas, podemos sentar que no hay posibilidad de desvalorizar en modo alguno las de Jesús. Porque El primero *hizo* y luego *enseñó* (72).

El Hombre Dios nos ha instruido con su doctrina, nos ha estimulado con sus exhortaciones. Pero tenemos algo más que la palabra del Maestro; tenemos la luz fecunda de sus ejemplos; tenemos al mismo Cristo, que es personalmente la Vía, la Verdad y la Vida. Nuestro divino Jesús ha desarrollado bajo nuestros ojos, ante todos, el espectáculo de su vida. El niño, el adolescente, el hombre maduro, el trabajador manual, el hombre de doctrina y de acción encuentran en El un modelo. Sirve de ejemplo a los que rebosan de gozo para contenerlo, a los que sufren para consolarlos y animarlos. Así se trate de nuestros deberes para con Dios como para nuestros hermanos, El va siempre por delante para señalarnos el camino. Tiene una mirada de benévola satisfacción para cuantos cumplen concienzudamente la ley, y reserva su sonrisa de predilección al grupo selecto de los que aspiran a poner en práctica los consejos evangélicos. A los esforzados como a los débiles, a los santos como a las gentes de moralidad corriente, a aquellos, en particular, que siguen por grado la vida de la perfección, exhorta con su voz, a veces compasiva, otras gozosa, pero siempre igualmente paternal: «Os he dado ejemplo para que, como me habéis visto hacer, lo hagais a vuestra vez» (73).

(72) *Hechos*, I, 1.

(73) MERCIER.—*Retraité pastoral*, t. VI, págs. 185 a 192. Citado por ZARAGÜETA en *El concepto católico de la vida, según el cardenal Mercier*, t. II, páginas 16 y 17. Madrid, 1930.

Fijémonos en el ejemplo del Maestro. Cómo exigirá a los hombres ser perfectos y cada hombre que quiera serlo ha de sufrir y vencer tentaciones; El las sufrió y las venció. El apareció en público queriendo cumplir toda justicia como refiere el Bautista. Porque no había venido a destruir la ley, y porque «el que violare uno de los mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer otro tanto, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos». El, autor de la ley, excusado de su cumplimiento, llegará hasta a pagar la di-
gracia del templo por El y por Pedro. Dará ejemplo lo mismo en sus relaciones con Dios que en sus relaciones con los hombres.

Glorifica al Padre en su oración, ya de invocación antes de comenzar una obra, ya de acción de gracias, ya de retiro en la soledad; lo glorifica así en sus palabras como en la rectitud de sus obras. De sus obras insistió en la obediencia: «He cumplido la obra que me encomendaste», dice la noche de la cena. Porque ésa fué la voluntad del Padre dijo: *Consumatum est*.

Y cuando a sus discípulos de entonces o de hoy, la obediencia en los trances duros resulte penosa, no las palabras, si no el ejemplo: «Padre, si es posible pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (74), puede ser el último y decisivo impulso.

En el trato con los hombres dará ejemplo de prudencia, esquivando, por ejemplo, a sus enemigos que lo persiguen antes de que fuera llegada «su hora»; pero sin rehuir las afrentas y dolores de su pasión y muerte.

Nos dejó ejemplo de humildad viniendo «no a ser servido, sino a servir y a dar su vida para redención de muchos» (75).

Dejó, sobre todo, ejemplo de amor: «En vispera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llega-

(74) LUCAS, XXII, 42; MATEO, XXVI, 42; MARCOS, XIV, 35.

(75) MATEO, XX, 27 al 28.

da la hora de su tránsito de este mundo al Padre, *como hubiese amado a los suyos*, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin» (76).

Y si les manda «amaos los unos a los otros», y si les dice: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os tenéis un tal amor unos a otros», puede poner también esta comparación: «Como yo os he amado.»

Lo más incomprensible era el amor a los enemigos, y El, en la cruz, dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (77).

Y así dió ejemplo de muerte, como dió ejemplo de vida el que todo lo hizo bien (78).

Del amor como eminente medio educativo hacen bandera muchos maestros. Tal vez todos. Pero séanos permitido destacar aquí la oposición en que están el amor del Divino Maestro, que dice al Padre «me sacrifico a Mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad» (79), y el mentido amor que, bajo un trato dulce y suave, es la quintaesencia del odio y es disfraz apto para sembrarlo.

c) Premios y castigos.

A los medios de educación ya estudiados hay que añadir otros de nombre nefando para cierta corriente pedagógica que se bate en retirada: *premios y castigos*.

No es de este momento justificarlos. Aunque sea fácil hacerlo, por lo que se refiere al castigo, en nombre de un equilibrio perdido por la acción fuera de orden—pecado se llama aquí—, y por lo que afecta a los dos, atendiendo a la ofuscación de las pasiones, que cierra el paso a toda luz que no sea la que despiden ellas mismas, impidiendo, por tanto, la influencia de estímulos más altos.

Me limito a afirmar que en la pedagogía de Jesucristo

(76) JUAN, XIII, 1.

(77) LUCAS, XXIII, 34.

(78) MARCOS, VII, 37.

(79) JUAN, XVII, 19.

hay premios y castigos. ¿Que características presentan?

El que castiga y el que premia es Dios Padre (80), es Jesús (81). Premia toda acción buena por pequeña que sea. «Cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, atento a que sois de Cristo, en verdad os digo que no será defraudado de su recompensa» (82).

Se castiga, no sólo toda acción mala: «Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego» (83); se castigan, no sólo toda acción mala por mínima que sea: «De cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del Juicio» (84), sino la omisión de las buenas, la inacción. El Maestro lo explica en las parábolas de los talentos y las minas.

Hay superioridad de los premios de Dios a los premios del mundo, que en cierto sentido son incompatibles con aquéllos: «Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean; de otra manera, no recibiréis su galardón de vuestro Padre, que está en los cielos» (85).

Los más de los premios y castigos que se señalan en el Evangelio son individuales; pero también los hay colectivos: «Será quitado a vosotros el Reino de Dios y dado a gentes que rindan frutos» (86).

Hay premios y castigos temporales. Un premio es *la paz*: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas» (87). Otro premio, magnífico premio, es *la felicidad*: «Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados como las practiquéis» (88).

(80) MATEO, VI, 1; XVIII, 35.

(81) MATEO, VIII, 38; X, 32 y 33; XVI, 27; XIII, 41.

(82) MATEO, IX, 40.

(83) MATEO, XIII, 41.

(84) MATEO, XII, 36.

(85) MATEO, XI, 1 y 2.

(86) MATEO, XXI, 43.

(87) MATEO, XI, 29.

(88) MATEO, V, 3-12; JUAN, XIII, 17.

Toda pedagogía ha de tener en cuenta este problema. Todo el mundo, sin excepción, busca, aunque por caminos diversos, la felicidad.

Pero la felicidad que promete Jesucristo, ¿es premio temporal? «... cualquiera que dejara casa, o hermanos, o hermanas, o padres, o madre, o esposa, o hijos, o herederos» por su amor y por el del Evangelio, dice que *«ahora mismo en este siglo, y en medio de las persecuciones, recibirá el cien doblado por equivalente de casas, y hermanos, y hermanas, de madre, de hijos y de heredades»* (89).

La felicidad ofrecida en esta Pedagogía tiene las condiciones que faltan a la que persiguen los que se consideran desgraciados. El poner la meta de las aspiraciones en cosas que no se acaban, y el encauzar, mas no limitar en su ascensión, el poder de desear, la hace lógicamente posible en este mundo. Pero psicológicamente no es una posibilidad, es una realidad para el que, «dejadas todas las cosas», siguió por amor de obras al único Maestro.

Pueden ser y son temporales los premios y castigos de la pedagogía de Jesucristo; pero lo fundamental y característico de ellos es el ser ultraterrenos y eternos en definitiva: «... al fin del mundo enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo, los justos resplandecerán como el sol en el reino de mi Padre» (90). «E irán éstos (los malos) al eterno suplicio y los justos a la vida eterna» (91).

(89) MARCOS, X, 29 y 30.

(90) MATEO, XIII, 40 al 43.

(91) MATEO, XXV, 46.

d) *El hacer exigido al educando.*

Los medios de educación estudiados miran al alumno, claro está, pero son, ante todo, resortes de que el maestro dispone para impulsar a aquél a emprender y proseguir la tarea de su educación, ya que, en último y definitivo término, está la autoeducación.

Para ayudarle a decidir. Pero es absolutamente necesario que el sujeto que se educa despliegue una actividad, y esta actividad es un medio sin el cual no es posible la educación.

Se ha hablado mucho de la pasividad de las escuelas tradicionales. Y se han contrapuesto a ellas las escuelas activas de nuestra época.

Lo tradicional, en cuanto al tiempo, no es un término que aparezca preciso, porque no falta quien arranque la tradición de Kant. Y en cuanto a la escuela activa, se ha llegado a hacerla sinónima de escuela que gira en torno de una actividad manual, aunque esté de por medio la protesta de Kerschenteiner: «Trabajo manual como principio y trabajo manual como rama de enseñanza, pueden faltar en absoluto en una escuela, y, sin embargo, la tal escuela puede, en el verdadero sentido de la palabra, ser una escuela activa; así como pueden existir tales cualidades sin que la escuela tenga por ello el carácter de una escuela activa» (92).

Desde luego, una pasividad absoluta no es que no deba darse, es que no se puede dar. Pero si pensamos en la superioridad educativa de una escuela que sobrepone a un mero captar las enseñanzas de un maestro—función intelectual en un solo modo—el llevar a la práctica estas enseñanzas en la forma que sean susceptibles de ser llevadas, el principio es razonable y amplio. Incluyendo el

(92) Begriff der Arbeitsschule Vorwort zen 4.^o Auf, VIII. Citado por Hovre: *Ensayo de Filosofía pedagógica*, pág. 124.

fundamento de las llamadas escuelas activas, tiene raíces más profundas y extensas y asegura mayor solidez.

A este amplio sentido me refirió al sentar que la escuela del Evangelio es activa. Y no activa así como se quiera, sino con extraordinaria preeminencia. En el Maestro es lo primero: «*Hizo y enseñó*» (93). Profeta poderoso en obras y en palabras, a los ojos de Dios y de todo el pueblo» (94), lo confiesan los discípulos que iban a Emaús. Estas dos citas resumen la impresión acerca del Maestro. El Mismo, por su parte, emplea como supremo argumento demostrativo de su divinidad sus obras (95).

En los alumnos no puede ser lo primero, ya que antes han de saber qué hacer y cómo hacerlo, pero sí lo que completa y valoriza: «No el que *dice* Señor Santo..., sino el que *hace* la voluntad de mi Padre, ése es el que entrará en el reino de los cielos» (96). El conocer y su expresión el decir son de notoria insuficiencia. No, no el que dice, sino el que hace... «Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero le dijo: «Ve hoy a trabajar en mi viña.» Y él respondió: «No quiero.» Pero después, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque respondió: «Voy, señor», no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? «El primero», dijeron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo a quien Jesús se había dirigido. Explicó luego cómo los publicanos y ramera, movidos a penitencia por la predicación del Bautista, por sus hechos los precederían en el reino de los cielos, a ellos, que no hicieron lo que debían» (97). De notar es en esta parábola la urgencia de la actividad: «Ve hoy».

Abundando en la idea de lo necesario e incompleto del saber, nos recoge San Mateo el ejemplo del hombre

(93) *Hechos*, I, 1.

(94) *LUCAS*, XXIV, 15.

(95) *JUAN*, X, 25, 32, 37 y 38.

(96) *MATEO*, VII, 21.

(97) *MATEO*, XXI, 28 al 32.

cuerdo que fundó su casa sobre piedra. Es «cualquiera que escucha estas mis instrucciones—dice el Maestro—y las practica». «Cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa; mas no fué destruída, porque estaba fundada sobre piedra.» Junto a éste está el ejemplo del hombre loco que fabricó su casa sobre arena. Es el que oye las instrucciones de Cristo y no las pone por obra: «Cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, la cual se desplomó y su ruina fué grande.»

Destaca el valor positivo de la actividad en la contestación dada a un doctor de la Ley, que le pregunta, ya consciente del valor del hacer, si bien con el fin de tentarle: «¿Qué debo *hacer* para conseguir la vida eterna?» Díjole Jesús: «¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que en ella lees?» Respondió él: «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y al prójimo, como a ti mismo.» Replicóle Jesús: «Bien has respondido. *Haz eso y vivirás*» (98). En la misma línea está: «¿Por qué, pues, me estáis llamando ¡Señor, Señor!, siendo así *no hacéis* lo que yo digo?» (99).

Destaca más este aspecto positivo del hacer la contestación dada al joven que estaba en buen camino del entender cuando pregunta: «¿Qué *obras* buenas debo *hacer* para conseguir la vida eterna?» Destaca más porque explica toda una gradación.

Primero le contesta el Maestro: «Guarda los Mandamientos» (este guardar está claro que equivale a cumplir, no a saber), y como ya los guardaba, amplía: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Ven después

(98) LUCAS, X, 25 al 37.

(99) LUCAS, VI, 46.

y sígueme» (100). Nueve verbos en tan pocas palabras. Si quitamos *tienes* y *ser perfecto*, todos expresan una dinamicidad muy viva. Este último, en realidad, tiene un valor nominal. Hay otros «quieres» que a primera vista no parecen muy movidos. Sólo a primera vista. En él está el fondo y el principio de toda acción. Es la acción en potencia cuando ya ha empezado a dejar de ser potencia; y mientras sea querer será movimiento. En una naturaleza no herida del pecado de origen sería el impulso constante de que habla la mecánica, que imprime necesariamente un movimiento uniformemente acelerado. En términos de obrar humano, iría aumentando hasta dar por terminada la obra querida. En nuestra situación actual, el querer perdura mientras dura la prosecución del acto, se lleve o no éste a su perfección.

Otro verbo hay también, *tendrás*, en que el sujeto aparece en pura recepción. También sólo en apariencia, porque es el que mantiene todo el movimiento. Es una causa final adaptada a este joven: tiende a sublimar su apego al dinero: «Tendrás un tesoro en el cielo.» Por lo que respecta a los otros cuatro, son claras en ellos las características mejores de la actividad más activa, resuelta, clara, pronta, varia y de un valor progresivo creciente: «Anda, vende cuanto tienes, dáselo a los pobres, ven y sígueme.» ¡Sígueme! La actuación incesante del Maestro, en sus múltiples dimensiones, pone bien de manifiesto que a la perfección, término de la educación, no se llega inactivos.

Otro día le preguntan: «¿Qué es lo que haremos para ejercitarnos en obras del agrado de Dios?» Respondiéndoles Jesús: «La obra de Dios es que creáis en Aquel que El os ha enviado» (101). ¡Que creáis! Se cree por la fe, y la fe es una virtud infusa. ¿Es una paradoja? ¿Qué le cumple

(100) MATEO, XIX, 16 al 22.

(101) JUAN, VI, 27 al 29.

al hombre? Le cumple una actividad previa. Le cumple una actividad posterior.

La actividad previa comprende dos partes; un querer inicial y un hacer esforzado, no producto de un sentimiento, sino de la voluntad: «Ni con ver esto os *movisteis* después a *penitencia para creer* en El», dice el Maestro a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo. Creer en el Bautista no es un término; pero principio de él es creer en su palabra, que anuncia que el Mesías está cerca.

Una actividad posterior: sin fe no es posible comenzar el edificio de la vida sobrenatural; pero ésta queda pendiente para ser viva (la fe viva que alaba Jesucristo) de obras en consecuencia con ella. «La fe sin obras es muerta» (102).

Todo discípulo de Jesucristo, todo alumno suyo, real o posible, tiene para su actividad el ejemplo del Maestro, que «hizo y enseñó». Jesús, el del Padre: Era un sábado. y Jesús había curado al paralítico de la piscina. Los judíos, por lo mismo perseguían a Jesús por cuanto hacía tales cosas en sábado. Entonces Jesús les dijo: «Mi Padre, hoy como siempre, está obrando, y Yo ni más ni menos» (103). Como el Padre. No cabe un origen más alto ni mayor dignidad para el principio de actividad. Pero esta altura, esta espiritualidad no puede verse como oposición a una actividad manual defendida por la mayor parte de los propugnadores de la escuela activa de hoy. Nuestro Maestro, que es Cristo, Verbo de Dios, quiso nacer en un ambiente donde el trabajo manual era muy estimado; y quiso ser conocido por el hijo del artesano.

Menos aún se opone a una actividad que sea preparación para la vida terrena. Objeto de un cuidado especial por parte de Jesús con los discípulos, y de entre ellos, los doce. Los destina a ir e instruir a todas las naciones ..

(102) SANTIAGO, II, 20.

(103) JUAN, V, 17.

Enseñándoles a *observar* todas las cosas que El les ha mandado (104). Pues bien, para esto no le basta que le oigan cuando los instruye, que le vean y le oigan enseñando a otro. Tendrán que ejercitarse en vida del Maestro, al que darán luego cuenta de cómo lo hicieron. Así envía a los doce (105) y a los setenta y dos (106).

No hay contraposición al trabajo manual; hay, sí, una jerarquía de actividades en la cual la subordinación corresponde a la manual: «Marta, Marta, solicita estás y turbada por muchas cosas. Una sola es necesaria. María ha escogido la *mejor parte*, que jamás le será quitada» (107). No dice que María ha escogido la única actividad; sí la mejor y la sola necesaria.

La corriente pedagógica moderna, que tiene por bandera «escuela activa» con muchas cosas aprovechables, adolece en su raíz. Desconoce en absoluto esa otra actividad necesaria y superior de la vida sobrenatural. Desconoce la expresión paulina: «Los ejercicios corporales sirven para pocas cosas; al paso que *la virtud sirve para todo*» (108).

El Evangelio recoge doctrina y conducta de una escuela activa. Las distinciones que hemos hecho expresan, no modos distintos de actividad, sino aspectos graduales. La dirección es una, uno el fin y uno el camino. Hay que hacerse cargo, además, de que un mismo camino puede ser recorrido de modos distintos. Hay que recorrer la distancia entre el punto de partida y la meta final, y está señalado el camino. ¿Cómo recorrerlo? Este *cómo* encierra toda una pedagogía. Pero antes de adentrarse por ningún sistema pedagógico, hay que decidirse entre dos

(104) MATEO, XXVIII, 19 y 20.

(105) MATEO, IX, 35 y 36, y todo el X; MARCOS, VI, 7 al 13; LUCAS, IX, 1 al 6.

(106) LUCAS, X, 1 al 24.

(107) LUCAS, X, 42.

(108) I *Timoteo*, IV, 8.

formas de actividad. Esta elección trae divididas a las escuelas modernas conscientemente. Inconscientemente, también a todas las anteriores. Y de un modo u otro, traerá a los por venir. Si no entre sí, porque pudiera darse unanimidad—todo puede ser—, sí, en relación con las que las han precedido. Esta división será porque cabe la elección que apuntamos antes de fijar un sistema o al fijarlo. Y se da la elección, expresa o tácita, en las múltiples aplicaciones de cada uno. *Hay que elegir entre una actividad fácil y una actividad esforzada.*

¿Una actividad fácil? En la vida irracional no se da. El vegetal rompe con violencia y con fuerza, en contraste con su casi muerte invernal, sus tejidos; puja por dar brotes nuevos, lucha defendiéndose de los elementos adversos mientras crece y se desarrollan sus flores y hasta que da el fruto.

El animal que vive su propio ambiente—excluyo a los domésticos—ha de luchar esforzada y porfiadamente por el alimento de cada día y por su defensa de todas las horas. La hormiga carga una y otra vez con su grano. La fiera acecha un día y otro su presa. Su presa, que se vale de todas las mañas posibles para evitar su caza.

El hombre...

La Historia registra, por ejemplo, el porfiado y tenaz esfuerzo de la Edad Media y la euforia del Renacimiento.

El hombre, por lo visto, a la luz de la Historia, puede elegir. Pero es que el Renacimiento recogió lo que no había sembrado. Vivió la alegría de los frutos ópimos y pudo soñar la felicidad en la facilidad. Dilapidó la herencia honrada y penosamente adquirida y legó a sus hijos un abandono insensato. El secreto de la vida estaba en lo ameno, en lo fácil, en la suavidad de la forma, en la risa sin fondo o en la sonrisa que da armonía al rostro.

Es verdad que mientras Europa trazaba estos caminos, España, atalaya de Europa, vivía las ansias de una maternidad única, batallaba duramente en todas las li-

ces—en las armas, en las letras, en la fe—y restauraba viejos y firmes caminos.

Pero el Renacimiento tuvo hijos a quienes dejar por herederos. A la pedagogía le dejó una actividad fácil.

Desacreditada en el puro y amplio orden de la vida, explicada su aparición en la Historia, no tiene razón de ser en el individuo. La experiencia cotidiana nos da hombres inútiles por su vida cómoda en lo fisiológico, naturaleza frustrada; y nos da los inútiles por razón de la misma comodidad en lo intelectual y en lo social, hombre frustrado, llenando de plenitud la palabra.

Entonces, ¿qué?

En la Escuela de Cristo rige el principio del esfuerzo. Presenta diversos aspectos. Primero, una preparación o incitación al esfuerzo que, si se nos permite, llamaremos endurecimiento intelectual o, mejor, del ánimo. Luego, como para atenuar, el estímulo. Después nos encontramos con un coronamiento que acentúa la dureza: se exigen rendimientos máximos.

Ejercita el Divino Maestro la inteligencia en la verdad dura, preparando así la voluntad. «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a Mí. Si fuérais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece...» «Si me han perseguido a Mí, también os han de perseguir a vosotros. Como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra. Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa de mi nombre» (109. «Os echarán de la Sinagoga, y aun va a venir tiempo en que quien os matare se persuada hacer un obsequio a Dios. Y os tratarán de esta suerte porque no conocen al Padre ni a Mí. Pero yo os he advertido estas cosas con el fin de

(109) JUAN, XV, 18 al 21.

que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado» (110).

Empalma el final reseñado con la faceta estimulante: «Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya; porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando El venga, convencerá al mundo. .» (111) El estímulo está unas veces en la promesa del Consolador, como acabo de recoger. Otra vez está en la victoria de Cristo al que sigue. «En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza; Yo he vencido al mundo» (112).

Dificultades extraordinarias tendrán sus discípulos. Ahí están las instrucciones dadas a los setenta y dos que se las avisan. Las tendrán sus apóstoles. A ellos van dirigidas las que acabamos de recoger, amén de otras.

La realidad universal muestra las fatigas ordinarias. Y ante ellas, una doble consideración del mismo estilo. La verdad anunciadora que prepara y el estímulo que anima. El hombre tiene cosas que ama y que le esterban; rehuye otras que debe abrazar. Hay que «negarse a sí mismo y cargar con la cruz» (113). El puro estímulo unas veces solo «y sígame» (114), pareciendo tal vez la cumbre del esfuerzo; pero otras se abre, y en palabras de amor abraza y envuelve la dura pesadumbre: «Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligero el peso mío» (115).

(110) JUAN, XVI, 1 al 4.

(111) JUAN, XVI, 7 y 8.

(112) JUAN, XVI, 33.

(113) MATEO, XVI, 24.

(114) MATEO, XVI, 24; MARCOS, VIII, 34.

(115) MATEO, XI, 28 al 30.

No se propugna un esfuerzo sin más. Ni un gran esfuerzo. El que se predica en el Evangelio tiene otra dimensión: *Exige rendimientos máximos*. Los exige en cuanto al tiempo: «Quien estuviere *firme hasta el fin*, ése se salvará» (116).

Diciendo *hasta el fin*, aún no hemos terminado de precisar. El esfuerzo no puede ser estéril. Ha de ser fructífero. Y el fruto, *proporcionado* a las cualidades del educando, de cada educando, que, como son dadas, son *done*s. La parábola de los talentos que nos recoge San Mateo y la de las diez minas que nos trae San Lucas lo simbolizan y explican.

No hay, pues, más modo de caminar que el esforzado, con todo el esfuerzo posible y por toda la vida; hasta el fin. «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que lo arrebatan» (117).

Adaptación de los medios al sujeto que se educa.

Si la pedagogía, que *mira* a los medios como su principal y casi exclusivo campo de operaciones, presta también cuidadosa atención al sujeto que se educa para adaptar los medios a él, la pedagogía que aparece en el Evangelio después de haberla hecho vida el Divino Maestro, no se desentiende de ese problema.

Pocas líneas más arriba hemos hecho notar, recordando las parábolas de los talentos y la de las minas, que se exige un fruto proporcionado a las cualidades de cada educando.

A Pedro, piedra sobre la cual edificará Jesús su Iglesia, le exige más siempre: «Están en Getsemaní, se ha llevado más adentro a tres, los ha dejado para orar; vuelto a ellos, están durmiendo. Duermen los tres. Sin embargo, es

(116) MARCOS, XIII, 9 al 13.

(117) MATEO, XI, 12.

a Pedro a quien dice: «¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo?» (118).

El Maestro se adapta en sus respuestas a la intención del que formula las preguntas. Así, ante preguntas formuladas casi con las mismas palabras, tiene distintas maneras de responder:

«Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» La formula un doctor de la Ley. Díjoles Jesús: «¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que en ella lees?» Respondióle él: «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas...» «Bien has respondido; haz eso y vivirás» (119).

«Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna?» La formula el joven. «Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios. Ya sabes los mandamientos: no cometer adulterio, no matar...» (120).

El sistema de premios y castigos es adaptado a cada individuo. El «Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada cual conforme a sus obras» (121). Y no sólo conforme a sus obras, sino conforme al conocimiento en cada obra. «Aquel siervo que habiendo conocido la voluntad de su amo, no obstante ni puso en orden las cosas ni se portó conforme quería, recibirá muchos azotes; mas el que sin conocerla hizo cosas que de suyo merecen castigo, recibirá menos» (122).

Por ser distinta la responsabilidad, los premios y los castigos son diversos en su aplicación: a los vendedores del templo los echa a latigazos, a los fariseos y gentes de su estilo les lanza los más duros anatemas y las amenazas de fuertes castigos temporales y castigos eternos.

(118) MATEO, XXVI, 48.

(119) LUCAS, X, 25 al 37.

(120) MARCOS, X, 17 al 21.

(121) MATEO, XVI, 27.

(122) LUCAS, XII, 47 y 48.

Usa la reprensión con sus discípulos. Unas veces fuerte: «Quitateme de delante, Satanás, que me escandalizas.» Otras veces triste: «Tanto tiempo que estoy con vosotros, y aun no me habéis conocido.» La más triste de las reconvenciones: «Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?»

En alguna ocasión se vale de la mirada: una mirada dirigió a Pedro, que le había negado.

El mayor número de reprensiones le corresponde a San Pedro. Le sigue San Juan.

Son adaptadas a las circunstancias particulares de cada uno. Distintas son, en relación con Pedro, la de rechazarlo de la de dirigirle una mirada, o la de reducirle con la amenaza de un castigo de amor: «Si Yo no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo.»

Otro día dijo al pueblo y a sus discípulos: «Todo aquel que me reconociere y confesare delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; mas a quien me negare delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos» (123). Este premio se lo promete—reconocerlos—a estas pobres gentes que ante el solo atractivo de su persona, «que no tiene donde reclinarse su cabeza», le van siguiendo. Y tal vez en el corazón negador de Pedro, lo que más duela sea no ser reconocido nunca más por Aquel que le tuvo consigo, que le mandó ir hacia El sobre las aguas, que él mismo, Pedro negador, confesó por Hijo de Dios vivo.

¿Qué objetarán a estos premios y castigos de amor los pedagogos que desdeñan o anatematizan el sistema? ¿Los que por sistema y sin sistema van en toda la línea contra la doctrina evangélica?

La adaptación tiene un sabor cualitativo. Pero también tiene su dimensión cuantitativa, que es graduación.

(123) MATEO, X, 32 y 33.

Está patente, al comparar las enseñanzas dadas al pueblo y a los apóstoles, con una marcada ampliación para éstos. Una graduación supone la elección de los setenta y dos discípulos y la selección de los doce.

Hay una graduación en la enseñanza: «Otras muchas cosas tengo que enseñaros; pero ahora no las podéis entender, y las entenderéis más tarde.»

Hay una gradación en el esfuerzo a exigir. Primero están los preceptos que obligan a todos. Luego los consejos. «Quien pueda entender, entienda» (124).

Y está, finalmente, la graduación, sin último término —siempre posible ascender más, hasta el Padre—, en la perfección.

Siempre hay un grado superior en el que poder pensar y al que poder arribar. Hasta «ser perfecto, como el Padre celestial.»

Hasta ser perfecto como el Padre celestial; pero partiendo de las posibilidades de cada uno y teniendo en cuenta todas sus circunstancias. Y valiéndose de medios comunes a una Pedagogía natural, de medios tenidos por novísimas adquisiciones en nuestra hora. Enriquecido el caudal con los medios específicos de una Pedagogía sobrenatural, la suya. Suya y de todo el que quiera injertarse en El para dar fruto.

Los medios y el fin de la educación.

Mas la Pedagogía de Jesucristo, que así llena y desborda la medida de las actuales preocupaciones en torno a los medios de educación, no se desentiende del problema de los fines.

El fin de Jesús Maestro era la incorporación al Reino de Dios de la Humanidad extraviada, y el objetivo su-

(124) MATEO, XIX, 10 al 12.

premo que, a través de ello, persigue la glorificación de su Padre celestial (125).

San Juan nos ofrece textos abundantes: Del deseo de la gloria del Padre, del gozo de su gloria manifiesta y de la orientación de todas sus obras.

El más valioso para nosotros es el que patentiza la consecución de la gloria de Dios en el fruto de la educación de sus discípulos: «Mi Padre queda glorificado en que vosotros llevéis vuestro fruto y seáis discípulos míos» (126).

El mismo fin es el que pone San Pablo a todos los actos: «Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (127).

La Pedagogía de Jesucristo es una Pedagogía siempre mirando al fin: «Buscad primero el Reino de Dios. .» (128). «Los justos resplandecerán como el sol en el reino de mi Padre» (129). «Cualquiera que se humillare como este niño será el mayor en el reino de los cielos» (130). «Quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino. Quien no naciere por el agua y el Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (131). «Ninguno hay que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos por amor del Reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este siglo, y en el venidero la vida eterna» (132).

Siempre mirando al fin, un fin sobrenatural, ultrarreno, no es ajena la Pedagogía de Jesucristo, a los fines u objetivos naturales, asequibles en la tierra, y sólo en la tierra. Estos fines se consiguen a veces como secuela, «por añadidura», del fin último buscado sobre todas y ante todas las cosas. En otro caso están representados

(125) ZARAGÜETA.—*El cristianismo, como doctrina de vida y como vida*, página 119.

(126) JUAN, XV, 8.

(127) *I Corintios*, X, 31.

(128) MATEO, VI, 4.

(129) MATEO, XIII, 43.

(130) MATEO, XIX, 23.

(131) JUAN, III, 3 y 5.

(132) LUCAS, XVIII, 29-30.

por ese «mucho más» prometido a los que algo dejaron por amor del Reino de Dios. En otros se sustraen a la inquietud de todos los posibles educados en Cristo, porque ya sabe el Padre celestial, que cuida de las aves y los lirios, que los han menester, y los dará en la medida necesaria (133).

No se desprende del Evangelio que todo objetivo mundano pueda ser «la añadidura». Los hombres pueden perseguir y, de hecho, persiguen fines incompatibles de todo punto con la doctrina y la vida que propugna Cristo. Lo dado como «añadidura» será lo necesario y conveniente: la comida, el vestido... Otros bienes, también de condición superior, que comprenden lo material, suponen la comida y el vestido; pero describen círculos más amplios, son la paz, la felicidad. Codiciados por todos los que buscan «el reino» y los que no, son todos los días desencanto en los que no aciertan a buscar primero «el Reino de Dios».

Hasta aquí aparecen los fines con un valor individual. No es ajeno lo social. Hay otros fines sociales. Intermedios con todos los que se encaminan, en definitiva, a la gloria de Dios, al buscarlos queda beneficiada la sociedad. «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo... Brille así nuestra luz ante los hombres, de manera que vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos» (134).

Ser sal de la tierra, ser luz del mundo son fines intermedios de carácter social. Expresa está su condición de intermedios por la última frase: «Para que glorifiquen a nuestro Padre, que está en los cielos.»

El fin, lo último en la ejecución, es lo primero en la intención, puesto ante los ojos del alma atrae hacia sí todos los actos, es causa de ellos, y se le llama la causa final.

Corre el fin el peligro de no atraer con la suficiente

(133) LUCAS, XI, 22 al 34; MATEO, VI, 20 al 35.

(134) MATEO, V, 13 al 16.

fuerza si se percata el que lo persigue de que es inaccesible. A salvar esta dificultad viene la causa ejemplar. Pero la palabra ideal, que bellamente lo expresa, está en la antesala de todos los desánimos y en el archivo de muchas vidas frustradas.

Este peligro no acecha al discípulo de Cristo. El nos mostró con su doctrina y con su ejemplo cómo se consiguen los fines encaminados al último fin de dar gloria al Padre. El ideal en la Pedagogía de Cristo es Cristo mismo y es tangible. Aspectos parciales de esta tangibilidad de los ideales, que no permiten que caigan del lado que caen las ilusiones, sin restarle la fuerza que las ilusiones le pudieran prestar, son la práctica en Jesús de cada una de las virtudes.

La frase que me viene a las mientes como colofón cada vez que estudio algo de la Pedagogía de Jesucristo es siempre la misma: «No llaméis a nadie maestro sobre la tierra. Vuestro único Maestro es Cristo.»

En esta ocasión me ha venido al mismo tiempo que aquella célebre «Delenda est Cartago», con tanta insistencia repetida en el Senado de Roma.

ROSA MARÍN.